

Bacza Flores y Juan Arcos tienen gran talento lírico. Casi niños, apenas si han pasado los veinte años, no puede exigírseles una obra madura. Pero van por rutas que conducen a puertos donde no arriban muchos.—C. P. S.



FOLKLORE PERUANO

LA CHICHERIA CUZQUEÑA

El historiador peruano Uriel García les ha dado un calificativo de largo alcance: la caverna de la nacionalidad, fibra sensible de la aldea, tumultuosa pasión de la plebe serrana. Un glove-trotter yanqui, de esos impenitentes turistas de baedeker, las confundió con verdaderos hoteles y hace para el Cuzco una estadística hiperbólica de seiscientos de estos establecimientos. El ex Rey Eduardo de Windsor, aguijoneado por su afán de cazador de emociones exóticas, bebe en la chichería cuzqueña unos sorbos del líquido áureo y juega al sapo en medio de la halagada vanidad de los contertulios.

En el número de los cuadros pictóricos criollistas, cuyo valor trascendente está representado por dos vigorosos pintores, José Sabogal y Camilo Blas, ha sido motivo de interpretación en varias de sus telas. La música vernácula de Leandro Alviña, Alomías Robles, Baltasar Zegarra y Roberto Ojeda está tonalizada con el cabrilleante ritmo de estos típicos figones.

LICOR SAGRADO

La chichería cuzqueña, a no dudarlo, constituye un verdadero emporio del folklore mestizo. Tiene la raíz honda de la tradición lejana. De ahí que sobreviva contra todo afán de modernización y competencia. La chicha de maíz como el gi-

nebra, el whisky o el pulque, tiene ciudadanía de bebida nacional y es tan genuina como la flor rojaencarnada de la kantuta.

En el Imperio Incaico, la chicha de maíz estuvo elevada a la categoría de licor sagrado, simbolizando la sangre del dios Sol. Su libación en las solemnes ceremonias religiosas como el Inti-Raimi (fiestas de la siembra); en que el Inca encabezaba las primeras labores de labranza—punto de partida de las actividades agrícolas en todo el Imperio—era objeto de especiales y complicados ritos.

Un numeroso conjunto de objetos votivos como las vasijas de arcilla cocida, resaltantes por ese fino pulimento que caracteriza la alfarería quechua y los vasos sagrados de madera de chonta (Keros), bellamente decorados con tintes indelebles, que actualmente llenan los museos de Berlín, Nueva York, Lima y Cuzco, les estaban especialmente destinados.

Los Huillac-Umas (sacerdotes), eran los encargados de la consagración de la chicha. En tales ocasiones esta liturgia era grandiosa y se verificaba en medio de músicas y danzas. Un extenso acueducto que partía de las faldas del cerro Sacsayhuamán, sitio principal de las fiestas, conducía la chicha vertida, hasta el gran templo del Sol, el Koricancha (jardín del oro), donde brotaba en la actual fuente de piedra de una sola pieza de forma octogonal alargada con 7 pies de longitud, 4 de ancho y 5 de profundidad, la que según los cronistas españoles estaba revestida con finas planchas de oro macizo. (La cultura incaica conocía los sifones invertidos, técnica hidráulica desconocida por los romanos).

SIMBOLO FREUDIANO

La chicha de maíz entrañaba el símbolo de un verdadero culto panteísta. Antes de ser bebida, en toda ocasión, se rociaba con una pequeña parte de ella a la mama-pacha (la madre tierra), acompañándola de advocaciones para el otorgamiento

de sus dones de fecundidad pródiga. Se trata de la objetivización del connubio de los principales dioses: el padre Sol que riega con su sangre a la madre Tierra. Esta hermosa y vieja tradición hoy en día aun sobrevive entre los indígenas, que le siguen prestando un acatamiento religioso por encima de su barniz de catecúmenos católicos.

Profundizando en el enhebramiento de la compleja urdimbre de la historia filosófica de las religiones, vemos la cercana similitud simbólica existente entre la consagración de la chicha entre los quechuas y la ceremonia religiosa de igual objetivo operado con el vino, considerado como la sangre de Cristo, en el sacrificio eucarístico de la misa cristiana.

No despreciable factor es también esa unánime influencia del resorte dionisiaco del alcohol en todas las religiones, que en último término según Freud, dependería directamente de la eterna invasión de la libido.

Al presente la chichería es esencialmente criolla. Pero los factores psicológicos del subconsciente tradicional afloran continuamente en un pletórico conjunto de emociones populares. Dentro de la típica arquitectura colonial-incaica del Cuzco, las chicherías encuadran con su resaltante nota de peculiaridad: angostos zaguanes llenos de contraluces, patios anchos y embaldosados, tupidos jardines o pequeños bosquecillos de eucaliptos, floripondios o chachacomos, son bañados por un reverberante sol, que quema perezosamente con la potencialidad de sus rayos condensados por una altura de 3,455 metros sobre el nivel del mar.

Las enredaderas de madreselvas trepan por los muros de adobes, abriendo sus corolas vistosas; flores de maceteros: rosas y claveles detonan con sus nítidos colores, vegetación entretejida de arbustos de calabaza con sus ubérrimos frutos, cuelgan sobre las cabezas de los parroquianos y el verde, rojo, o amarillo intensos de las matas de rokotos (variedad de ají), son una invitación al condimentado yantar a pleno aire.

HOGAR COLECTIVO

El juego del sapo, imprescindible en toda chichería, es la herencia española introducida en la tradición indígena. Chicha y sapo son los polos magnéticos que congregan un público heteróclito, que se mueve en un ambiente esencialmente democrático. En esta forma la familiaridad, la desenvoltura y el desaparecimiento de toda clase de prejuicios, abre ancho cauce al esparcimiento de una jocundia explosiva, que revela el gesto de la raza.

En medio de cadenillas y quita sueños de papeles policromos que se entrecruzan en los techos; banderines que flamean en las paredes orlando los retratos de los caudillos políticos, próceres de la Independencia, santos de devoción, o los ases del toreo español, las animadas charlas desgranar su rosario de comentarios apasionados, picantes e inverecundos sobre los chismes locales y sobre todo el tema capital: la política. No es raro el caso que de estos sitios ha salido fraguada la revolución, la montonera o la asonada populachera enervada por la demagogia eleccionaria.

Antes los efectos vitales y tonificantes del zumo de maíz— que con sobrada razón ha sido denominada el oso amarillo— gradualmente se despierta la euforia con su extraña mezcla melancólico-sensual, y que se grafica perfectamente en los sones de la música y la danza. El bordoneo de las guitarras agita a las parejas de bailarines en la elegante y contorsionada marinera de sabor andaluz, la que indefectiblemente es rematada con el huaino indígena que con su ritmo quebrado desfleca su sensualismo en zapateos prolongados tras su sensación de rudeza campesina.

Por eso se ha dicho muy bien: «que el huaino es el entusiasmo que torna a los pueblos como a los hombres de la sierra hacia la simplicidad campesina o hacia la energía primitiva,

el sentimiento de arranque que se nutre de la tradición y del paisaje».

LOS RAPSODAS

El arpa, el charango, el violín y la quena de manufactura indígena, orquestan los dolientes yaravís melgarianos y los jharahuis quechuas, al son de los cantos siempre renovados y con variantes regionalistas, compuestos por la musa anónima del pueblo, que como en los tiempos del Incario, cuenta con la fresca inspiración de los jharahuitos (rapsodas) y cuyos motivos son los eternos temas del amor, el dolor de la vida, la injusticia, la opresión con sus consiguientes gritos de rebeldía y reivindicación.

Por esta razón el pintor, el músico o el escritor que quiera hacer obra vernácula y costumbrista, sintiendo el latido íntimo de una idiosincrasia que se presenta al desnudo, tiene que palpar estos curiosos locales de reunión vespertina—en el que el papel alcoholizante es secundario—donde encontrará un desfile de vestimentas variadas que caracterizan a la india polleruda y tocada de montera y a la chola vestida de llameantes percalinas, con sus trenzas que le caen en bandó; al indio de chullu y poncho colorinescos; al cholo de chaquetilla toreril; al fífi rastacuero que toca tangos a porfía hasta el actuario judicial empaquetado en su chaqué descolorido.

Y tras esos trajes bien se capta una psicología de honduras raciales que tienen como denominador común el mestizaje andino, ánfora idiosincrática donde se tamizan virtudes y vicios, elemento constructivo de un nacionalismo artístico, como el que emplearon los rusos con la vida humilde y cotidiana de sus personajes.—JULIO LUNA P.

Notas del Mes

Mariano Latorre regresa de Colombia

Acerca del fecundo viaje realizado por Mariano Latorre a Colombia, Sady Zañartu nos da la siguiente versión:

Mariano Latorre regresa de la Colombia que le esperaba y a la cual le diera su comprensión y su sensibilidad de hombre alerta al movimiento literario de América. Va a fijar, para siempre, en su espíritu, la visión de esa gran Colombia desconocida del sur y a verificar la evolución sorprendente de la tierra que algunos creen todavía de la retórica y de los conversadores en versos. Pero la leyenda se ha desvanecido, y Mariano Latorre se fortifica en esta bella realidad, que transforma y reconstruye en moldes nuevos a un país que marcha seguro hacia el porvenir, guiado por lo mejor de sus valores culturales. No necesita el escritor chileno despegar del corazón el cielo del austro para sentir el trópico verdadero; en sus palpitaciones vibran las cordilleras blancas y los valles encajonados, bajo las constelaciones frías. Es su chilenidad. Pero el maestro del auténtico criollismo literario, captará, regocijado el derramamiento de color de la tierra caliente. La naturaleza del sur, lenta y triste como sus hombres, sentirá en él, el choque con la dicha verdadera, que la selva puebla de sonidos y de fragancias, y que el sol ayuda a melificar en las venas del caminante.

Ha llegado a Colombia el viajero navegando por un mar que lo lleva sin transiciones, gradualmente, del frío a la zona del trópico. Son los signos exteriores de los pasajeros los que